



Instantes finales del 202 Derby de Epsom: El caballo «Shergar» montado por Walter Swinburn, un jovencito de dieciocho años, se impone a sus rivales con una superioridad aplastante.

«No cambiaría mi caballo por ningún otro que marche a cuatro patas. Hace trotar al aire. La tierra canta cuando la toca. Este es un verdadero caballo y todos los demás rocines pueden ser llamados bestias. Es el príncipe de los palafreñes. Su relincho es como el mandato de un monarca y su marcha arranca la admiración.»
(W. Shakespeare, King Henry V)

UN DERBY CAPICUA

FERNANDO SAVATER

E

N alguna parte, fuera de este mundo pero constituyendo la entraña y el sentido de este mundo, hay una palestra formidable y se celebra una olimpiada realmente heroica. Allí Ricardo Zamora detiene los tiros a puerta de Pelé, allí ruedan un duelo fascinante Coppi y Mercx, Bobet y Bahamontes, mientras hacen su esfuerzo definitivo Paavo Nurmi, Zatopek y Bikila; el cartel de la tarde reúne de nuevo a Joselito y Belmonte, pero con Pepe Hillo y Antonio Ordóñez, y en un ring insuperable se enfrentan Rocky Marciano y Cassius Clay, lo que no distrae de su partida a Capablanca ni a Bobby Fisher. También se celebra, cómo no, una carrera de caballos y en la milla y media de un Ep-

UN DERBY CAPICUA

som sublime galopan en fantástico pelotón «Ribot» y «St. Simon», «Eclipse» y «Secretariat», «Flying Dutchman», «Gladiateur» y «Mill Reef»... Cada seleccionado supongo que compondrá su programa personal, pero los nombres seleccionados no han de variar mucho. Volvamos a nuestro mundo limitado y sucesivo, donde los años y el azar separan a los grandes campeones y nos privan de la competición perfecta, platónica cuya belleza quizá todavía no merecemos. Se dice que este siglo se celebró una carrera de caballos casi tan espléndida como la que imagino para esos Campos Elíseos deportivos de que antes hablaba y da la casualidad de que yo la presencié. La importancia de esa prueba ha ido aumentando con los años, pues casi todos los campeones que en ella se enfrentaron se han convertido después en magníficos reproductores, certificándose así que su valía no era una apreciación apresurada o controvertible. Esta carrera tuvo lugar en el hipódromo parisino de Longchamp, el 3 de octubre de 1965, domingo; en ella participaron, entre otros: «Meadow Court», vencedor del Derby irlandés y del King George and Queen Elizabeth Stakes, montado por Lester Piggott; «Tom Rolfe», hijo de «Ribot» ganador del Derby de Kentucky y del Preakness Stakes, montado por el legendario jockey americano Bill Shoemaker; «Anilin», orgullo de la cría soviética, ganador del Derby ruso y de otras doce carreras en diferentes países; «Oncidium», ganador de la Coronation Cup y máxima esperanza inglesa en la competición; «Reliance»,

invicto en cinco carreras, entre ellas el Derby francés (Jockey Club), el Gran Premio de París y el Premio Royal-Oak, que contaba además con la monta de Ives Saint-Martin; los dos elementos presentados por el barón Guy de Rothschild, «Diatome», ganador del premio de Noailles y del Prince d'Orange, y «Free Ride», vencedor en el Ganay; y también «Carvin», ganador del Gran Premio de Vichy, el campeón italiano «Marco Visconti», el vencedor en el Grosser Preis de Baden, «Demi Deuil», y «Sigibert», y «Ragazzo», y «Blabla», la única yegua del grupo, heroína del Prix de Diane, y... y «Sea Bird». Era un alazán alto y largo, careto, calzado de las dos patas; había sido criado en Francia y su origen, sobre todo por línea materna, no era particularmente extraordinario. Digamos que, en cuanto campeón todo se lo debía a sí mismo. Y ese «todo» no era poco: tras un comienzo apabullante de temporada, había ganado el Derby de Epsom con una facilidad pasmosa, la mayor que se recordaba en la historia de la prueba. Su estilo impresionó tanto a quienes le vieron que, pese a lo destacado de sus contrincantes, salió favorito para el Arco de Triunfo en Longchamp aquel domingo tres de octubre; como en todas sus carreras le montaba Pat Glennon, un larguirucho jinete australiano con el que se entendía a la perfección. Recuerdo sin trabas la tarde de octubre, la mano de mi padre señalándome a Lester Piggott, a quien ambos veíamos montar por vez primera; recuerdo a «Tom Rolfe», redondo y muy oscuro, recuerdo los altos pómulos tártaros de Nasibov, el

jinete de «Anilin». Yo no tenía gemelos, también lo recuerdo, y estaba tan preocupado por ver bien la carrera que no me moví en toda la tarde de la grada que había elegido como observatorio. Hasta la semana anterior creíamos que «Todo Azul», el ganador del Gran Premio de Madrid y el caballo que más he amado en toda mi vida hipica, iba a participar en el Arco de Triunfo, pero se retiró a última hora tras alguna carrera preparatoria en Francia poco afortunada. Recuerdo, terrible y mágico el clamor de la gran carrera, la majestuosa y vibrante serenidad de Longchamp acentuada por el aura hipnótica de la memoria: «Allez, Saint-Martin!», «Go on, Lester!»... Me recuerdo gritando «¡Hala, Todo Azul!», para que supiese que le era fiel hasta más allá de la esperanza: Fue mi forma de intentar que no estuviera ausente de la gran carrera. Y «Sea Bird» galopa solo por la recta final, seis, siete, diez cuerpos delante de los mejores caballos del mundo, galopa para siempre con su largo tranco de platino y diamantes, sin esfuerzo, sin énfasis, apenas acompañado por el suave y cariñoso braceo de su amigo Pat Glennon, como si se tratase de un galope de entrenamiento al amanecer y no hubiese tras él diecinueve campeones penando por escoltarle. Estuve presente ese tres de octubre y costará convencerme de que hubo y hay o habrá un purasangre mejor que aquél.

Y, sin embargo, los expertos dicen que ese caballo existe ahora entre nosotros y que ya es lícita la nostalgia por no poder verlo enfrentarse con el colosal «Sea Bird». El nuevo *super-crack* se llama «Shergar» y es propiedad nada menos que del Aga Khan; también es careto, como el otro, pero menos estilizado y más musculoso y fornido. Su jinete habitual es un jovencito aniñado y muy serio, Walter Swinburn, de dieciocho años, hijo de uno de los más grandes jockeys irlandeses en activo. «Shergar» ganó sus dos primeras carreras a tres años por diez y doce cuerpos: la tercera, el Derby de Epsom, para el que saltó tan absolutamente favorito que los *bookmakers* ni siquiera le cotizaban en apuestas, la ganó con más facilidad y por más distancia que ninguno de los vencedores anteriores, incluido el propio «Sea Bird». Como carrera, pocas pueden haber con menos historia que este 202 Derby: «Shergar» dispuso de sus digamos rivales con la más aplastante superioridad que imaginarse quepa. Tomó la curva de Tatenham en cuarta posición y por el exterior, para luego, delicadamente exigido por su joven jinete, irse de la



Año 1980: «Henbit», conducido por el jockey Willie Carson, cruza la meta en primer lugar tras recorrer la milla y media de Epsom.



Tras la victoria, el caballo, «Shergar», su dueño, el Aga Khan, y el jinete, Walter, saborean las mieles del triunfo.

compañía de sus colegas con una contundencia tal que les dejó literalmente clavados o al menos tal impresión nos dio a los espectadores. Cuando ya iba bastante destacado, Walter Swinburn (cuyo aire angelical contrasta con la fama luciferina del poeta casi homónimo) le asestó de pronto un par de fustazos, obviamente innecesarios. Este único momento de nerviosismo del *wonderful boy* tiene una graciosa explicación, que él mismo se encargó de dar a la Prensa. «Oí que varios gritaban de pronto 'Go on, Lester' y me dije '¡Oh no, Dios mío, *el no!*'. Entonces le pegué dos veces y 'Shergar' se disparó del todo». En realidad, el potrero que montaba Lester Piggott,

«Shotgun», propio hermano de «Arrow» —un caballo al que vimos correr y ganar varias veces en España— sólo tuvo un nada inquietante destello al final del primer tercio de la recta final, pero sin amenazar jamás al ganador: acabó cuarto, tras una carrera respetable, pero nada más. La anécdota prueba, sin embargo, el pavor que impone el mago de Epsom (que ganó tres días más tarde su quinto Oaks) entre sus compañeros de fusta... y refuerza la confianza ilimitada que sus adictos nunca le retiramos hasta el último tranco de cada carrera. Sobre lo apabullante de la victoria de «Shergar», baste otra historieta: el jinete del segundo clasificado, que montaba a un excelente

hijo de «Mill Reef» y llevaba los mismos colores del legendario campeón, declaró al final de la carrera: «¡Qué momento tan maravilloso! Me sentí como si hubiera ganado el Derby. como «Shergar» estaba tan lejos que apenas se le veía...».

¿Hay que reconocer, pues, que «Sea Bird» quizá deba ceder su pedestal a otro campeón aún más glorioso? Por mi parte, «Shergar» tendrá todavía que sudar un poco antes de vencerme de ello. Deberá demostrar su clase frente a los caballos de edad, que quizá sean menos manejables que el lote no demasiado lucido que intentó hacerle frente en el Derby. En una palabra, le espero el domingo cuatro de octubre en Longchamp.

UN DERBY CAPICUA

para que revalide en el Arco de Triunfo los laureles que por el momento no se le pueden escatimar. Tendrá en su contra el fulgor dorado que envuelve en mi memoria las imágenes de «Sea Bird» junto con las de aquel mi París primero de hace dieciséis años... ¡Pero quizá logre triunfar también contra ese peligroso adversario! Este Derby 202 fue también capicúa de otras dos maneras: en primer lugar, el caballo que llegó el primero y el último eran hijos del mismo semental, «Great Nephew», que también fue padre del ganador del Derby de 1975, «Grundy», por otro lado, cuatro días más tarde se corrió en París el Derby francés y su imprevisto ganador «Bikala» también iba montado por un jovencito de dieciocho años, el aprendiz Serge Gorli, destinado a ser este año (y probablemente muchos otros) émulo y rival de Walter Swinburn. Jóvenes triunfadores que renacen como héroes adolescentes con su empuje nuevo y la promesa de un gran caballo enfrentado a su reto de gloria con los mejores de entre los mejores: no cabe duda de que la primavera del 81 ha querido irse haciéndonos a los aficionados al turf el más estimulante de los regalos. ■ F.S.



«Shergar» y Walter Swinburn en pleno esfuerzo.

152 triunfo

Manual de urbanidad

FRANCIA Y NOSOTROS

LUIS CARANDELL

EL señor Calvo Sotelo, presidente del Gobierno, exhortaba no hace mucho a los empresarios españoles a invertir y les decía que la inversión es una actividad que tiene mucho de erotismo, añadiendo que «da lo mismo que el acto se consume bajo un puente o en un aposento del palacio de Versalles».

Hay que agradecerle al señor Calvo Sotelo los esfuerzos que hace por animar a toda la escala social de los empresarios a poner en juego su libido inversora. Y debe reconocerse que el argumento erótico será para ellos mucho más estimulante que lo fue el de la «solidaridad social» a la que hace tiempo apelaba el señor Carrillo para «sacudir» las conciencias empresariales.

Pero lo que ahora me llama la atención en la frase de don Leopoldo es la decidida elección de Versalles como escenario del summum de la experiencia erótica. Todo el mundo estará dispuesto a reconocer que bajo los puentes están los lugares menos lujosos del mundo para estos menesteres. Pero buscar Versalles, el otro extremo del espectro, es ya a estas alturas un poco anticuado. Estoy seguro de que un moderno no lo mencionaría en ninguna lista de preferencias.

El señor Calvo Sotelo pertenece a una generación de españoles para quienes Francia era una cumbre de cultura y de refinamiento. Es un madrileño ilustrado, nacido en Galicia y habitante desde joven de un Madrid con algo de afrancesado. Estoy seguro que dice la verdad cuando afirma que, contra lo que se dijo, él no tomó parte en el apedreamiento del cine donde se estrenó la película «Gilda». ¿Cómo iba a hacerlo quien ya entonces debía soñar con hacer el amor en Versalles?

Más que del ojo del puente, Versalles era el contrapunto de la casa de

citas madrileña, cuya propietaria solía llamarse doña Sagrario, y que tenía cama de matrimonio con colcha morada y crucifijo en la cabecera. A nadie puede extrañarle que la gente se acordara en ese trance del palacio de Versalles. Venía a ser una especie de cielo erótico de la época.

Por entonces, Barcelona, más próxima a Francia y puerta «europea» de España, tenía mucho que enseñar a Madrid. «Barcelona es otra cosa», solía decirse, y era porque allí había *meubles* —uno de los más concurridos por cierto, se llamaba «El Francia»— donde un discreto juego de cortinas ocultaba a los clientes que llegaban en taxi o, si entraban en lo que entonces se conocía aún por «auto particular», un empleado se apresuraba a cubrir púdicamente con un paño la matrícula del coche. Anonimato éste que no quedaba garantizado en la casa de citas de la que, por disposición de la dueña, el hombre y la mujer que habían ocupado la alcoba tenían que salir por separado para evitar la murmuración de los vecinos.

Nuestras relaciones con Francia tenían un fuerte contenido sexual. Es posible que generaciones muy anteriores a la nuestra vieran a la nación vecina representada en Jeanne d'Arc y supieran que Francia era «la fille aimée de l'Eglise». Pero, en los tiempos de que hablo, Francia desempeñaba en la imaginación de los españoles el papel de la amante, aunque, hay que decirlo, no eran muchos los venturosos y desahogados ciudadanos que pudieran pensar que se les iba a rendir nada menos que en Versalles.

Para no poca gente, Francia era un lugar tan pecaminoso y descarriado que estaban firmemente convencidos de que podían condenarse por el sólo hecho de viajar a París, un antro de perdición al que sólo iban los más atrevidos. Y el prestigio de un viaje a Francia no se basaba en el hecho del viaje, como sucedía en el caso de